



INSTITUTO SUPERIOR
LENGUAS VIVAS

Concurso de traducción literaria

25° aniversario del Instituto Superior Lenguas Vivas

Alumna merecedora del primer premio:
Fanny Cerutti

Cuento traducido: «**Sacola**»
del libro *Redemoinho em dia quente*,
de la autora brasileña Jarid Arraes



La bolsa

Jarid Arraes

Traducido por Fanny Cerutti

Padrenuestro, avemaría, credo y señal de la cruz. Gracias, *Padim*¹, por un día más. Rápidamente, se calzaba los pies con los zapatos ortopédicos. Impecables, la camisa bordada en punto de cruz con florcitas, la falda gris y el rodete en la parte superior de la cabeza acompañaban su descenso por los escalones. Francisca sostenía el rosario. El estómago le pedía un café.

Por la mañana, por la tarde y dos veces por la noche, ocupaba los labios con oraciones repetidas, rezadas de rodillas y ofrecidas ante el relicario de madera del altar. Caminaba hacia el sacerdote, agradecía por la misa, ayudaba al sacristán, felicitaba al muchacho de la guitarra, le sonreía a la jovencita que en sus cantos decía no saber si la iglesia estaba en el cielo o si el cielo había decidido bajar, saludaba a otras señoras —otras ancianas que llevaban sus rodetes grisáceos— y volvía para oír a los loros en el patio, mientras vertía un poco más de alimento para los gatos.

No era difícil vivir así. En la monotonía existía cierta seguridad, la certeza de que todo seguiría siendo exactamente igual. La soledad valía la pena: ahuyentaba a los parientes, mantenía la casa limpia y no desagradaba a Dios. ¿Qué más podía desear? Hacía tres comidas al día y tenía la compañía de los animales y la omnipresencia de Nuestro Señor.

Sentía un poco más de alegría en su corazón cuando se organizaba una feria de artesanías en la plaza y había un lugar a donde ir

¹ N. de la T.: El término hace referencia a Cícero Romão Batista, conocido en la devoción popular como *Padim Ciço* o Padre Cícero, un sacerdote católico brasileño que nació en Ceará y vivió entre los siglos XIX y XX.

después de la misa. Se sentaba cada vez en un banco diferente, como si experimentara la variación de la madera astillada, y comía una bolsa de palomitas de maíz con manteca, para no dañar demasiado sus arterias.

Ese domingo, la feria estaba especialmente espléndida, llena de todo tipo de gente. En la radio habían lanzado un anuncio con la promesa de que se montaría un gran circo en las cercanías. No le gustaba el circo, pero sí las caras nuevas y los niños en sus monopatines automáticos alquilados por cinco reales la media hora. Estaba sentada dándose palmaditas en las piernas cuando sintió un chasquido de dedos.

—Disculpe —dijo un joven con rostro consternado.

Tenía las ojotas intercambiadas, pero parecía no darse cuenta. Francisca hizo un gesto de aprobación con sus manos arrugadas y trató de no mirar demasiado; la juventud es así, nunca se sabe cuál es la nueva moda. Pero el joven se quedó ahí, permaneció inmóvil en el mismo lugar, rascándose la cabeza, con los ojos saltones buscando algo por toda la plaza, hasta que se le cayó una bolsa con un nudo bien hecho y se alejó con prisa.

Francisca se quedó mirando el piso, tratando de decidir qué hacer, si debía correr tras el joven o si recogía la bolsa y esperaba a que él mismo se diera cuenta del descuido y volviera a recuperar sus cosas.

Por las dudas, recogió la bolsa.

Es droga, concluyó, atando cabos tras tocar decenas de pastillas con las puntas de los dedos. Sintió las piernas flojas, frías, dormidas. Casi no se dio cuenta de que ya estaba cruzando la calle y girando la llave en la puerta de la sala de estar.

Con el ruido del pestillo cerrándose, llegó el arrepentimiento.

¿Y si la hubiera visto? ¿Y si viniera a su casa para recuperar la bolsa? ¿Y si fuera un delincuente peligroso? Ya imaginaba el

titular en Barra Pesada, provocando el pánico familiar a la hora del almuerzo. Seguramente, el delincuente regresaría con una pandilla, todos enojados porque una anciana de la iglesia les había robado una bolsa llena de droga. La matarían en un instante. O aún peor, moriría lentamente, sufriendo e implorando ayuda a Dios. Los gatos verían su cadáver en descomposición y huirían, vivirían en la calle, buscarían comida en otros patios. ¿Y los loros? No sabía qué harían los loros.

Con el pecho agitado, metió la bolsa en el fondo de un cajón del armario de la cocina y subió a su dormitorio con toda la intención de orar. *Padim Ciço*, ayúdeme, tenga misericordia, no lo hice por maldad. Rezó hasta quedarse dormida con un decenario y un rosario alrededor de sus muñecas.

Antes de que sonara la campana por tercera vez, Francisca ya estaba subiendo los peldaños de la iglesia. De inmediato, se sentó en la primera fila y se encogió con los puños cerrados en súplica. Empezó a murmurar una oración, pero sus pensamientos se distrajeron con la conversación de dos mujeres que estaban sentadas en la fila de atrás. Algo sobre un curso de informática, sobre buscar nuevas oportunidades, sobre cosas malas que llegaban enmascaradas y después se convertían en bendiciones, sobre los caminos misteriosos del Señor, en fin.

Francisca pensó que ahora todo tenía lógica. Si los delincuentes viniesen, devolvería la bolsa, diría que guardó todo con cariño para el joven afligido que vio en la plaza. Incluso iba a hacerse la tonta, iba a decir que estaba preocupada, que pensó que eran pastillas medicinales y que, por supuesto, esa cantidad de medicamentos le haría falta a alguien con mucha necesidad. No tendrían ningún motivo para matarla, toda la droga estaría intacta, se las devolvería y no los denunciaría.

Le pareció curioso que esa bolsa pudiera ser tan valiosa como para que toda una pandilla entrara en su casa. Si la droga era tan

importante, debía ser muy cara, o muy buena.

Válgame, Padim mío, estoy pensando tonterías. Hizo la señal de la cruz cuando escuchó el inicio de la misa, pero no se levantó en el momento indicado, no repitió la oración ni prestó atención al sermón del sacerdote. Se preguntó cuál sería la ventaja de probar drogas, de gastar tanto dinero en esas pastillas. Porque si fueran malas, realmente malas, mucha gente no las consumiría. Y, además, todo el mundo sabe que nadie se vuelve adicto a algo así la primera vez, esa es una historia que se cuenta para asustar a los jóvenes. ¿Cuál sería el problema? La había recibido casi como un regalo. Si el joven viniera a buscarla, preguntaría cuánto le debía, le pagaría, todo estaría bien. Él no mataría a una posible clienta, una anciana de la iglesia. Podía inventar que la confundió con un remedio para la gastritis.

Empezó a convencerse a sí misma de que todo eso era parte de un plan mayor. Se imaginó al joven muy agradecido de que su bolsa hubiera sido encontrada por una señora tan caritativa e incluso decidiendo frecuentar la iglesia. Imaginó que podría evangelizar a los delincuentes, porque el Señor tiene caminos misteriosos y, de hecho, esa bolsa de droga era una oportunidad para que los narcotraficantes se convirtieran en seguidores de Jesús, devotos del Padre Cícero Romão Batista, quien nunca fallaba en responder a las oraciones de Francisca. Y, como nunca fallaba, como todo lo conocía, ciertamente sabía que su corazón necesitaba algo diferente, algo que le diera emoción, algo que fuera un poco más allá de la iglesia, los gatos, los loros, el café colado con un filtro gastado.

No esperó a que terminara la misa, fingió un ataque de tos para justificar su prisa por marcharse. Abrió la puerta principal tan rápido que hizo saltar todo despavorido a uno de los gatos. Se disculpó con el gatito y tomó con fuerza la manija del cajón. Solo una, quizás no era droga, era posible que fuera aspirina o una

pastilla para dormir. No tenía miedo, ya estaba rendida, esto debía ocurrir así. Y la tragó con medio vaso de agua filtrada.

No pasó mucho tiempo y la casa empezó a verse rara. La mecedora parecía dorada e inmediatamente después tenía una textura de goma. Los gatos se hicieron más pequeños, pero sus ojos se agrandaron en demasía. Desde el techo, irrumpió una luz muy intensa y llenó el comedor, y de repente la música de la jovencita de la iglesia parecía haberse vuelto real. ¡El cielo había descendido allí mismo!

Había ángeles por todas partes, con largos vestidos blancos, descalzos, sosteniendo arpas, libros antiguos y espadas brillantes. Las nubes parecían aproximarse, se acercaban mucho y, luego, volvían a elevarse, como una atracción de un parque de diversiones.

Francisca reía y lloraba llevándose la mano a la boca con la sensación de que le crecían alas de ángel en la espalda. Se quedó allí, llamando a los gatos para que se acercaran, extrañada por el encogimiento de sus cuerpos y sus ojos cada vez más grandes, hasta que se desmayó.

Se despertó con los fuertes maullidos y saltó asustada de la cama. Se había perdido el sonido de la campana, llegaba tarde a misa, necesitaba cepillarse los dientes, tenía el pelo enredado y no encontraba el calzado. Le llevó veinte minutos darse cuenta de que ya había pasado la hora del almuerzo. ¡Virgen Santísima!, ¿qué ocurrió? Miró la estatua de la Santa que estaba al lado de la cómoda. Y como si la Virgen respondiera, recordó las escenas celestiales y la inexplicable sensación que había experimentado con aquella pastilla sacada de la bolsa. Incluso dudó de que se tratara de droga, porque nada inventado por el ser humano podría mostrar imágenes tan bellas, venidas directamente del Paraíso. Lo recordaba bien, incluso había visto un ángel. Y si ese era el Cielo, ciertamente era donde vivían Jesús, María, José y *Padim*.

¡Imagínense qué oportunidad única la de conocer al *Padim* Padre Cícero! Era una afortunada, porque no necesitaba esperar a morir. Sin duda, había sido bendecida por su vida de rectitud y dedicación a la Iglesia. Era una recompensa.

En medio de la alegría, se acordó de los animales y corrió a darles de comer. Tal vez debía darse una ducha y también peinarse, porque el *Padim* merecía que se presentara bien arreglada. Pero estaba demasiado ansiosa. No quería perder tiempo, no podía permitir que el Santo esperara. No le dio comida a nadie, solo tomó otra pastilla y dijo amén, que se haga Tu voluntad.

Se quedó aún más sorprendida por lo que vio. Los loros volaban con cobertores azules en el pico, mientras descendían angelitos anunciando la llegada de alguien importante. Francisca oyó el sonido de trompetas y tuvo la certeza de que se encontraría con el Padre Cícero en ese instante, pero el Santo tardó y se presentaron otras distracciones. Pájaros de plata y flores que brotaban del piso, que ya no era de baldosas estampadas sino de cristal. Las paredes se volvieron cremosas, se podía sentir en la palma de la mano, y todo era tan hermoso.

—Quiero conocer a mi *Padim* —pidió, tratando de ganarse el favor de los ángeles.

Y entonces apareció una luz que se detuvo en las escaleras y tomó la forma de un anciano con una sotana negra. Era increíble que fuera él, en persona. El grito de «*Padim*» salió rasgado, desesperado, pero se marchitó junto con las flores que perdían su color, y pronto no quedó nada más que la oscuridad.

Sus ojos se abrieron con dificultad, ardiendo, casi pegados entre sí por muchas capas de lagaña. Francisca tenía una de sus mejillas contra el suelo. Había alimento para mascotas por todas partes. Los gatos comían cientos de trocitos, mientras los loros observaban. El contenedor de basura de la pileta de la cocina también se había volcado. Virgen Santísima. Era extraño ver la

casa así, más aún después de venir del Paraíso, después de casi haber conocido al Santo de su corazón, de su vida. No iba a limpiar nada, ni a hacer otra cosa que no fuera perseguir el cielo, el momento en que besaría los pies del Padre Cícero, ese hombre bueno, santo y milagroso que escuchaba las aflicciones de los seres más insignificantes, como Francisca.

Reunió todas las fuerzas que pudo y se puso de pie. Le temblaban las piernas y tuvo que sostenerse de la vitrina. Despacito, se dirigió al cajón en el que la esperaban las pastillas sagradas. Esta vez funcionaría. Solo para estar segura, se tragó tres. Los gatos maullaban, se acercaban y se frotaban con las pantorrillas de Francisca. Estaba a punto de agacharse para acariciarlos, cuando vio la luz extenderse por el patio. ¡Es él!

Fue a los tropiezos, casi sin aire, y empujó a un ángel que estaba parado justo afuera de la puerta de la cocina. El patio parecía el Jardín del Edén, las plantas eran tan verdes y habían crecido tanto que se curvaban hacia el cielo hasta perderse de vista.

La luz iba subiendo por las escaleras de la terraza, como indicando el camino que debía seguir Francisca. Y lo siguió, llorando, agradeciéndoles a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen Santísima que le habían ofrecido semejante gracia.

Subió los escalones casi saltando y vio al sacerdote sentado en un trono de oro, con angelitos sirviéndolo, volando de un lado a otro, vertiendo jarras de un agua que era, al mismo tiempo, cristalina y rosada. No podía creer que estaba viendo a su *Padim*, con su sotana negra, chinelas rudimentarias de cuero y caucho en los pies y un sombrero ligeramente torcido.

—*Padim* mío —fueron sus palabras antes de arrojarse por el balcón, rumbo al abrazo del Santo.